



El oficio del historiador

Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes

Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona,
María Cristina Pérez Pérez y
Ana María Rodríguez Sierra
(compiladores)



Universidad de los Andes
Universidad del Rosario
Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín



El oficio del historiador

Para citar este libro: <http://dx.doi.org/10.30778/2019.01>

El oficio del historiador

Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes

Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona

María Cristina Pérez Pérez

Ana María Rodríguez Sierra

(compiladores)

Universidad de los Andes

Universidad del Rosario

Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

El oficio del historiador: Reflexiones metodológicas en torno a las fuentes / Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona, María Cristina Pérez Pérez, Ana María Rodríguez Sierra (compiladores). – Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes: Universidad del Rosario; Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2019.

xiii, 324 páginas: ilustraciones; 17 x 24 cm.

Otros autores: Peter Burke, Guilherme Pereira das Neves, Renzo Ramírez Bacca, Patricia Cardona Z., Alberto Gawryszewski, Jaddiel Díaz Frene, Sven Schuster, Óscar Daniel Hernández Quiñones, Alexandre Busko Valim, Diana Marcela Aristizábal García, Cindia Arango López.

ISBN 978-958-774-840-6

1. Historia – Fuentes 2. Historia – Metodología I. Chicangana-Bayona, Yobenj Aucardo, 1975-, compilador. II. Pérez Pérez, María Cristina, compiladora. III. Rodríguez Sierra, Ana María, compiladora IV. Universidad de los Andes (Colombia) V. Universidad del Rosario VI. Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín

CDD 901.

SBUA

Primera edición: agosto del 2019

- © Universidad de los Andes,
Facultad de Ciencias Sociales
- © Universidad del Rosario
- © Universidad Nacional de Colombia,
Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas
y Económicas
- © Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona,
María Cristina Pérez Pérez, Ana María
Rodríguez Sierra (compiladores)
- © Peter Burke, Guilherme Pereira das Neves,
Renzo Ramírez Bacca, Patricia Cardona Z.,
Alberto Gawryszewski, Jaddiel Díaz Frene, Sven
Schuster, Óscar Daniel Hernández Quiñones,
Alexandre Busko Valim, Diana Marcela
Aristizábal García, Cindia Arango López
- © María José Montoya, por la traducción del
capítulo de Peter Burke
- © Olga Patricia Correa, por la traducción de los
capítulos de Guilherme Pereira das Neves,
Alberto Gawryszewski y Alexandre Busko Valim

ISBN: 978-958-774-840-6

ISBN e-book: 978-958-774-841-3

DOI: <http://dx.doi.org/10.30778/2019.01>

Corrección de estilo: Tatiana Grosch

Diagramación interior: Angélica Ramos

Diseño de cubierta: montaje de Lorena Morales con base en las imágenes de las páginas 45, 142, 185, 191, 209, 213 y 295. En los pies de imagen de cada una se indica la fuente correspondiente.

Impresión:

Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A. S.

Carrera 69H n.º 77-40

Teléfono: (+57 1) 6020808

Bogotá, D. C., Colombia

Ediciones Uniandes

Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: (+57 1) 3394949, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

<http://ebooks.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

Facultad de Ciencias Sociales

Carrera 1.ª n.º 18A-12, bloque G-GB, piso 6

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: (+57 1) 3394949, ext. 5567

<http://publicacionesfaciso.uniandes.edu.co>

publicacionesfaciso@uniandes.edu.co

Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín

Facultad de Ciencias Humanas y Económicas

Centro Editorial

Carrera 65 n.º 59A-110, bloque 46, oficina 108

Medellín, Colombia

Teléfono: (+57 4) 4309216

<https://cienciashumanasyeconomicas.medellin.unal.edu.co>

Universidad del Rosario

Editorial Universidad del Rosario

Carrera 7 n.º 12B-41, oficina 501

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: (+57 1) 2970200

<https://editorial.urosario.edu.co>

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación

Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964

Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia

Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación

Contenido

Presentación · XI

Teoría · 1

Los ego-documentos como fuentes históricas · 3

PETER BURKE

Pistas, señales, rastros, evidencias: las fuentes de la Historia · 19

GUILHERME PEREIRA DAS NEVES

El historiador local y regional: su entorno, fuentes y limitaciones · 55

RENZO RAMÍREZ BACCA

Documentación impresa: libros, periódicos y cancioneros · 81

**Al alcance del pueblo: impresos populares y tradiciones retóricas
en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX · 83**

PATRICIA CARDONA Z.

**La representación en imágenes del Poder Judicial en la prensa
republicana brasileña (1889-1930) · 115**

ALBERTO GAWRYSZEWSKI

**De las imprentas urbanas a las guitarras campesinas:
las travesías olvidadas de un cancionero popular
cubano (*La nueva lira criolla*, 1903) · 149**

JADDIEL DÍAZ FRENE

Lo visual: pintura, fotografía y cine · 171**La historia cultural, los estudios visuales y el uso de la imagen como fuente para la Historia · 173**

YOBENJ AUCARDO CHICANGANA-BAYONA

MARÍA CRISTINA PÉREZ PÉREZ

ANA MARÍA RODRÍGUEZ SIERRA

La fotografía como fuente histórica: retratos de indígenas amazónicos en la Exposición Universal de Viena en 1873 · 201

SVEN SCHUSTER

ÓSCAR DANIEL HERNÁNDEZ QUIÑONES

Cine e Historia: de la derrota del nazi-fascismo a la construcción del nuevo orden liberal · 231

ALEXANDRE BUSKO VALIM

Vida material: juguetes y mapas · 257**Las muñecas parlantes de Thomas Alva Edison: juguetes como fuente para la historia de la infancia en Colombia (siglos XIX y XX) · 259**

DIANA MARCELA ARISTIZÁBAL GARCÍA

Historia, cartografía y museo: un mapa del río Grande de la Magdalena de 1601 · 287

CINDIA ARANGO LÓPEZ

Sobre los autores · 305

Presentación

EN ESTA COMPILACIÓN se reflexiona sobre una variedad de fuentes documentales y visuales que los historiadores tienen a su alcance. Los textos compilados no solo muestran los caminos que se abren a partir de expedientes, manuscritos, periódicos, películas, juguetes, mapas, fotografías, *comics* o pinturas, sino también los desafíos, las dificultades, los cuidados y las diversas maneras en que estas fuentes pueden ser estudiadas por medio de complejos procesos de búsqueda y la correspondiente formulación de preguntas y problemas que le conciernen al historiador en su investigación. Por esto, en vez de mostrar grandes postulados eruditos del estudio de las llamadas *fuentes primarias*, aquí se opta por presentar artículos que destacan la experiencia investigativa de los historiadores al sumergirse en el estudio de fuentes históricas. Un estudio que parece sencillo, enmarcado dentro de la disciplina histórica y otras áreas de las ciencias sociales y humanas, que buscan comprender las sociedades del pasado y del presente, pero que al emprenderlo se devela como un camino lleno de complejidades y múltiples laberintos sobre el que pocas veces reflexionan los propios investigadores¹.

Para develar esta complejidad en el quehacer del historiador, los autores han empleado como principal herramienta de análisis la crítica histórica, la cual permite aproximarse a aquello que Michel de Certeau denomina el “lugar de producción”, como una manera de explorar visiones del mundo, de otras sociedades y culturas². De manera que no se tiene como propósito mostrar casos típicos o tipificar los procesos, los grupos o las sociedades, sino que, en lugar de esto, los autores de este libro presentan una rica documentación y proponen

1 Este libro se suma a reflexiones sobre las fuentes y el oficio del historiador que se han elaborado en Colombia en los últimos años: Óscar Almario García, ed., *Las fuentes en las reflexiones sobre el pasado: usos y contextos en la investigación histórica en Colombia* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2014).

2 Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana, 2006).

diversos métodos de análisis, lo cual permite entender la dimensión del trabajo histórico y del proceso investigativo; mientras que, como lo señala Robert Darnton, el sentido de los documentos se relaciona con el mundo circundante de los significados, pasando del texto al contexto, y regresando de nuevo a este hasta trazar una nueva ruta de sentido.

Esta compilación del grupo de investigación *Historia, Trabajo, Sociedad y Cultura*, conformada por estudios de sus miembros y de investigadores invitados de diversas universidades, le permite al lector un acercamiento a la Historia en relación con sus posibilidades documentales y con otras áreas del conocimiento como Sociología, Antropología, Historia del Arte, Geografía, Retórica, Estudios Visuales, Derecho, entre otras. Son once artículos en los que se reflexiona sobre la importancia de las fuentes para el oficio del historiador, por medio del análisis del potencial significativo de estas y su tratamiento metodológico en el estudio de casos particulares. Los artículos se han reunido con base en el tipo de fuentes utilizadas por el autor o los autores en sus estudios de caso, lo que da origen a la división del libro en los siguientes ejes: (1) teoría; (2) documentación impresa: libros, periódicos y cancioneros; (3) lo visual: pintura, fotografía y cine; y (4) vida material: juguetes y mapas.

El libro inicia con el texto “Los ego-documentos como fuentes históricas” del reconocido historiador británico Peter Burke, en el que diserta sobre el valor y los peligros de los *ego-documentos*. Estos son textos escritos en primera persona, como diarios, cartas, crónicas de viaje o cualquier tipo de documento en el que se narran las experiencias y vivencias de una persona. Para Burke es claro que estos documentos, al igual que las imágenes visuales, a pesar de estar condicionados por la memoria, los propósitos de su soporte, el problema de la autenticidad y el tipo de público al que se dirigen, se han considerado ventanas directas al pasado, de ahí que el artículo llame la atención del historiador sobre el cuidado con el que debe abordar este conjunto de fuentes, pues exigen una mirada crítica y atenta en su tratamiento, lo cual garantiza el aprovechamiento de su potencial como fuente histórica.

El texto que sigue es el de Guilherme Pereira das Neves titulado “Pistas, señales, rastros, evidencias: las fuentes de la Historia”. El autor, siguiendo las ideas de Paul Veine y Carlo Ginzburg, reflexiona sobre el carácter fragmentario de las fuentes históricas, las cuales son, a fin de cuentas, pistas, señales o pedazos del pasado que los historiadores deben interpretar y reunir para construir discursos verosímiles sobre las sociedades que nos antecedieron y de las que heredamos formas de pensamiento y comportamiento. Estos discursos, contruidos a partir de vestigios, son el único medio del que disponen los historiadores para conocer el pasado, y resultan relevantes porque es allí donde se puede entender y explicar cómo las sociedades se han construido a lo largo del tiempo. A continuación, el profesor Renzo Ramírez Bacca, bajo el título “El historiador local

y regional: su entorno, fuentes y limitaciones”, analiza las fuentes empleadas en las investigaciones históricas regionales y locales en Colombia, exponiendo las dificultades comunes que encuentra el historiador interesado en estudiar el espacio, y realiza un análisis cuantitativo de las investigaciones regionales elaboradas en distintas universidades del país.

También se presenta el texto de Patricia Cardona Z. “Al alcance del pueblo: impresos populares y tradiciones retóricas en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX”. Este escrito se centra en el estudio de documentos impresos que, al ser considerados fuentes históricas, posibilitan el análisis de los modos de transmisión, construcción y circulación del conocimiento. Se trata de impresos cuyas características más importantes son la sencillez de las ediciones y el lenguaje simple, que permiten inferir como destinatarios a las personas del pueblo, personas “de a pie” que no hacían parte de las academias ni de los espacios de educación de la época. Estos impresos, escribe la autora, “como los libros catalogados de uso escolar son objetos físicos que dan cuenta, además de las formas de uso, de los discursos y saberes que una sociedad ha considerado fundamentales para su existencia y cohesión; permiten también analizar los universos de comprensión que se construyen a partir de su lectura (pública o privada) y los contextos de referencia de los potenciales usuarios” (véase la página 85 de este libro).

Luego continúa el profesor Alberto Gawryszewski con su texto titulado “La representación en imágenes del poder judicial en la prensa republicana brasileña (1889-1930)”. Por medio del uso de caricaturas y tiras cómicas, el autor estudia cómo se representó en Brasil el poder judicial durante los sesenta años que abarca su estudio. Se trata de un estudio de caso que acompaña la reflexión metodológica sobre el uso de caricaturas y tiras cómicas para la investigación en Historia.

Por su parte, Jaddiel Díaz Frene presenta el texto “De las imprentas urbanas a las guitarras campesinas: las travesías olvidadas de un cancionero popular cubano (*La nueva lira criolla*, 1903)”. Este escrito tiene como principal fuente de investigación un cancionero popular publicado a inicios del siglo XX en Cuba, cuyo análisis se completa con fuentes orales que le permiten al autor hacer una reflexión sobre la cultura popular cubana y su relación con la música, así como con otras prácticas culturales como la lectura y la transmisión oral de saberes.

El libro continúa con un texto de Yobenj Aucardo Chicangana-Bayona, María Cristina Pérez Pérez y Ana María Rodríguez Sierra titulado “La historia cultural, los estudios visuales y el uso de la imagen como fuente para la Historia”, una reflexión inicialmente sobre la amplitud del concepto de imagen, adquirida a partir de los estudios visuales y la teoría de la historia cultural de las imágenes en el siglo XX. Luego los autores se centran en dos casos que muestran los problemas asociados al uso de pinturas como fuentes, para indicar la complejidad

que envuelve a las imágenes y hacer énfasis en la necesidad de someterlas a una rigurosa crítica antes de usarlas de manera efectiva como documentos objeto de análisis en la investigación histórica.

Después sigue el escrito de Sven Schuster y Óscar Daniel Hernández Quiñones “La fotografía como fuente histórica: retratos de indígenas amazónicos en la Exposición Universal de Viena en 1873”. El texto parte de la idea de que “una lectura desde la disciplina histórica ilumina las condiciones de producción, circulación y recepción de las imágenes fotográficas, comprendiéndolas al interior de sus contextos e identificando los actores mediante los cuales estas se han posicionado como soportes para legitimar ideas o representar aspectos de la realidad” (véase la página 201 de este libro). Así que, partiendo de este supuesto, los autores analizan las fotografías presentadas por el Imperio de Brasil en la Exposición Universal de Viena en 1873, para ejemplificar el uso de la fotografía como fuente histórica, además de sus usos sociales, indagando en los sentidos que sus productores u observadores le designaron y los mensajes que movilizaron en diversos espacios.

A continuación, en el escrito titulado “Cine e historia: de la derrota del nazi-fascismo a la construcción del nuevo orden liberal”, Alexandre Busko Valim aborda el cine y su importancia como documento histórico. Con el objetivo de ejemplificar sus postulados, Busko Valim analiza una serie de películas norteamericanas producidas en el contexto de la Guerra Fría e indaga cómo son representados los soviéticos como nuevos enemigos a los que es necesario derrotar. De ese modo, enfoca su análisis en el potencial histórico de las películas, sin dejar de tomar en cuenta su narrativa, su contexto de producción y sus niveles semánticos.

A esta reflexión se une la investigación de Diana Marcela Aristizábal García con el texto titulado “Las muñecas parlantes de Thomas Alva Edison: juguetes como fuente para la historia de la infancia en Colombia (siglos XIX y XX)”, en la que propone que los juguetes —como otros recursos documentales y visuales que hacen referencia a estos artefactos— son fuentes clave para comprender la historia de la infancia en América Latina y, de manera particular, en Colombia. La autora parte de la idea de que los juguetes tuvieron una relación inseparable de la manera como se concibió la infancia a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, con lo que pretende ampliar las posibilidades de interpretación y análisis crítico sobre el uso de este documento desde una perspectiva histórico-cultural, reflexionando sobre las posibilidades, las limitaciones y los desafíos que implica trabajar con este tipo de fuente histórica.

Se cierra esta compilación con el artículo de Cindia Arango López “Historia, cartografía y museo: un mapa del río Grande de la Magdalena de 1601”. Esta historiadora argumenta que los objetos que hacen parte de las colecciones de un museo pueden convertirse en fuentes susceptibles de investigación al permitir

ampliar las perspectivas y significados en diferentes campos disciplinares. En la primera parte, Arango López expone las características generales de las colecciones y de su valor en los museos; en la segunda parte señala algunas relaciones entre la figura del museo y la Historia como disciplina; y en la tercera parte ejemplifica el procedimiento requerido para usar una pieza de museo —en este caso, un mapa— como fuente para la investigación histórica.

Estos artículos, leídos en su conjunto, buscan hacer un llamado a los historiadores y a otros especialistas de las ciencias sociales y humanas para que amplíen las perspectivas de investigación interdisciplinaria y los debates sobre el oficio del historiador. Al mismo tiempo, esta obra pretende ser un referente de lectura para la formación de nuevos investigadores, dado que presenta múltiples posibilidades de análisis sobre las fuentes, que son, sin duda, la base sobre la que se edifica la escritura de la Historia.

Teoría

Los ego-documentos como fuentes históricas*

PETER BURKE**

Universidad de Cambridge, Reino Unido

Valor y peligros de una fuente

Como las pinturas de género del siglo XVII, las autobiografías dan la impresión de transparencia, de abrir una ventana que permite al lector ver directamente el pasado. Puede decirse lo mismo acerca de los que se han llegado a llamar “ego-documentos” en general, en otras palabras, recuentos de la experiencia escritos en primera persona, bien sean diarios, cartas, cuadernos de bitácora o blogs¹. El comentario puede ampliarse aún más para incluir los registros de los interrogatorios de la Inquisición o de la Policía, las entrevistas de los periodistas o de la historia oral, así estos registros estén disponibles como textos, como grabaciones de audio o como videos. En todos estos casos un individuo ofrece un testimonio directo de su experiencia y, menos conscientemente, de sus actitudes o visión del mundo. Este es el valor y el encanto de los ego-documentos. Sin embargo, el encanto que tienen estos textos puede ser engañoso, y es necesaria cierta cuota de sospecha. El sentimiento de transparencia es una ilusión. Al menos tres problemas confrontan a cualquier historiador cuando usa este tipo de fuentes: el problema de la autenticidad, el problema del propósito y el problema de la memoria.

* Para citar este artículo: <http://dx.doi.org/10.30778/2019.02>

** Este artículo fue traducido del inglés por María José Montoya Durana.

¹ James S. Amelang, “De la autobiografía a los ego-documentos”. *Cultura Escrita & Sociedad* n.º 1 (2005): 17-122.

No es inusual encontrar un texto que dice ser una autobiografía, usualmente las memorias de una persona famosa, que posteriormente puede demostrarse que fueron escritas por alguien más. El uso de lo que los británicos llaman “escritores fantasma” tiene una larga historia, que puede ilustrarse a partir de los casos del emperador Maximiliano I (1459-1519) y del rey Luis XIV de Francia (1638-1715), productores ambos de memorias escritas de hecho por sus secretarios, incluso cuando algunas sugerencias sobre la presentación personal hayan podido venir de los gobernantes mismos. El uso de escritores fantasma es incluso más común hoy, en el caso de las celebridades de la política, los deportes o el cine. Una forma ligeramente diferente de colaboración ha producido testimonios escritos en primera persona tras extensas conversaciones con periodistas o antropólogos, como en el hoy famoso caso de la guatemalteca Rigoberta Menchú, ganadora del Premio Nobel de la Paz en 1992, cuya autobiografía, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1985), se produjo en colaboración con la antropóloga venezolana Elisabeth Burgos, quien convirtió dieciocho horas de entrevistas grabadas en audio en un libro.

Algunos de estos textos han sido escritos y publicados sin la colaboración, o incluso el conocimiento, de la persona cuya vida se relata. El género de las “pseudomemorias”, como podemos llamarlas, floreció en los siglos XVII y XVIII, especialmente en Francia, e incluyó las memorias póstumas del ministro de finanzas de Luis XIV, Jean Baptiste Colbert, y las *Mémoires de M. d’Artagnan* (1700), sobre las que se basó Alexandre Dumas para su novela *Los tres mosqueteros* (1844).

Al menos algunas de estas pseudomemorias deben asociarse a otro género literario que floreció al mismo tiempo, la “historia secreta”, en la que el autor, usualmente anónimo o pseudónimo, decía ser una persona enterada, familiar con la corte y así capaz de llevar al lector tras bambalinas y revelar las verdaderas (y usualmente vergonzosas) razones de las decisiones políticas. Estos textos contienen una buena cantidad de ficción y algunas veces fueron escritos por novelistas, entre ellos, Mademoiselle de La Force, autora de *Histoire secrète de Henri IV Roy de Castille* (1695), y la señora Manley, quien publicó *The Secret History of Queen Zarah* (1705), sugiriendo que la verdadera regente de Inglaterra no era la reina Anne sino su favorita, Sarah Churchill, duquesa de Marlborough².

Volviendo al segundo problema, el del propósito, debe enfatizarse que no solo debe abordarse con sospecha el falso ego-documento. Las memorias genuinas no siempre presentan memorias genuinas, dado que el punto de escribir y, aún más, de publicar tales textos frecuentemente ha sido el de justificar

2 Peter Burke, “Publicando lo privado: la aparición de la ‘historia secreta’”, en *Lo íntimo y lo público: una tensión de la cultura política europea*, editado por José-Miguel Marinas (Madrid: Biblioteca Nueva, 2005), 71-80.

las acciones del protagonista. El punto queda bien establecido en la novela *La muchacha de las bragas de oro* (1978) del escritor español Juan Marsé, en la que el protagonista —difícilmente podría uno llamarlo héroe— es el escritor Luys Forest, un antiguo simpatizante de la Falange, que está escribiendo sus memorias para convencer al mundo de que siempre fue un liberal. En otras palabras, no solo está intentando escribir sus memorias sino además reescribir su vida. Los franceses tienen una palabra para esto: “autoficción”³.

Los políticos no son los únicos que reescriben sus vidas, en su caso para justificar sus decisiones a los ojos de los contemporáneos y de la posteridad. Incluso las autobiografías espirituales, como el *Libro de la vida* de Teresa de Ávila (escrito c. 1565), o el del inglés John Bunyan, *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (primera edición, 1666), deben abordarse con cierto nivel de sospecha. En este caso el punto no es poner en duda los motivos de los autores, sino sugerir que su interés por ofrecer buenos ejemplos a sus lectores o testimonios de sus conversiones los lleva a producir una versión simplificada de sus vidas, con frecuencia contrastante, como lo hizo Bunyan, con una vida malvada antes de la conversión a una vida virtuosa más tarde.

También en el caso de los “testimonios” seculares que relatan diferentes tipos de opresión, incluyendo las autobiografías de exesclavos (un ejemplo famoso de los Estados Unidos es *Narrative of the Life of Frederick Douglass an American Slave*, 1845), el lector debe estar atento a posibles exageraciones o inexactitudes. El testimonio de Rigoberta Menchú fue criticado en estos aspectos por el antropólogo norteamericano David Stoll, aunque la crítica misma debe tratarse con sospecha porque Stoll apoyaba las actividades del Ejército guatemalteco en contra de las guerrillas que Rigoberta apoyaba⁴. En resumen, los historiadores que usan un ego-documento, así se trate de una carta informal o de una autobiografía formal, deben preguntarse para quiénes y por qué se escribió.

Tampoco puede confiarse del todo en los documentos que registran interrogatorios de la Inquisición o de la Policía. En su estudio pionero de los llamados *benandanti*, un grupo de campesinos del siglo xvi en el norte de Italia que afirmaban cazar brujas, Carlo Ginzburg sostiene que los registros de los interrogatorios ante la Inquisición pueden creerse pues “la característica más importante de esta documentación es su inmediatez [...] las voces de estos campesinos nos llegan directamente”⁵. Más adelante expresó que los registros de la Inquisición eran como videgrabaciones, dado que el clérigo que transcribía las preguntas

3 Pierre Nora, *Présent, Nation, Mémoire* (París: Gallimard, 2011), 120.

4 Arturo Arias, ed., *The Rigoberta Menchú Controversy* (Mineápolis: Universidad de Minnesota Press, 2001).

5 Carlo Ginzburg, *I benandanti* (Torino: Einaudi, 1966). En español: *Los benandanti* (Guadalajara: Editorial Universitaria/Universidad de Guadalajara, 2005), 13.

y respuestas había sido instruido para registrar la expresión y gestos de la persona interrogada, junto con cada sonido que hiciera, incluso los gritos de dolor.

Sin embargo, como es de esperarse, las transcripciones de los interrogatorios algunas veces revelan los esfuerzos de las personas interrogadas por adivinar lo que el interrogador quiere que digan. Por ejemplo, Marietta, una mujer griega que vivía en Venecia y que fue llamada a comparecer ante la Inquisición en 1620, acusada de curar a una niña con agua y aceite benditos, estaba suficientemente consciente de las preocupaciones del tribunal para contestar que “el aceite no está bendecido” pero “yo lo llamo bendito”, dado que el fraude no le interesaba al Santo Tribunal, mientras que el mal uso de las cosas benditas sí⁶. En estos documentos, en efecto, “oímos” a la gente común hablar, pero no siempre dicen lo que piensan. Los historiadores, como los antropólogos y folcloristas, deben usar estos testimonios orales, o los registros de los testimonios orales, con cautela.

Otro ejemplo, mucho más conocido, es el interrogatorio del artista Paolo Veronese por parte de la Inquisición veneciana en 1573, después de que él hiciera un cuadro de la Última Cena que incluía bufones y alabarderos al igual que a Cristo y sus discípulos. Veronese fue lo suficientemente inteligente para comprender que presentarse como alguien no muy inteligente sería, de hecho, su mejor opción para salir del interrogatorio sin castigo. Les dijo a sus interrogadores que “nosotros los pintores nos damos la misma libertad que los poetas y los locos” [*Nui pittori si pigliamo licentia che si pigliano i poeti et i matti*]. A la pregunta “¿piensa usted [...] que hizo bien en pintar así su cuadro?, él simplemente contestó: “pensé que estaba haciendo lo correcto” [*pensava di far bene*]⁷.

En el caso de los ego-documentos hay una variedad de respuestas a la famosa pregunta de Michel de Certeau ¿desde dónde escribe usted? Una respuesta recurrente es “desde la prisión”, que ofrece la conveniencia tanto del ejercicio de escribir como también una autojustificación, como en el caso de Leonora Ulfeldt, una mujer noble danesa del siglo xvii que pasó veintidós años en la Torre Azul de Copenhague, o del historiador napolitano Pietro Giannone, quien escribió acerca de su vida durante su encarcelamiento en Torino, o del sacerdote mexicano fray Servando, cuya *Apología* fue escrita en la prisión de la Inquisición en 1818. Otro lugar para la producción de memorias es el “retiro”, cuando, en particular los políticos, le daban vueltas a sus decisiones pasadas, particularmente si habían sufrido una caída súbita del poder, como el inglés Edward Hyde, Lord Clarendon, ministro principal del rey Carlos II, que fue despedido de su cargo y enviado al exilio en 1667.

6 Peter Burke, *Historical Anthropology of Early Modern Italy* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987, 214).

7 Terisio Pignatti, *Paolo Veronese, Convito in Casa di Levi* (Venecia: Arsenale Editrice, 1986), 11-13.

Las épocas de agitación han alentado la producción de memorias en las que los autores registran experiencias que podrían no tener en tiempos más normales. Durante la Guerra Civil Inglesa, por ejemplo, particularmente en los años entre la ejecución de Carlos I en 1649 y la restauración de la monarquía en 1660, una cantidad de individuos de las clases bajas escribieron relatos de sus vidas. La profetisa Anna Trapnel escribió en esta época, como también el sastre galés Arise Evans, quien además de profeta era el autor de *An Echo to the Voice from Heaven, or A Narration of the Life, and Manner of the Special Calling and Visions of Arise Evans: By Him Published, in Discharge of his Duty to God, and for the Satisfaction of All Those that Doubt*.

Un concepto que el lector de cualquier ego-documento estaría bien advertido de tener en mente es aquel de la presentación personal, discutido a profundidad en un estudio bien conocido del sociólogo Erving Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959). Incluso las cartas personales pueden analizarse de esta forma, en otras palabras, en términos de la retórica empleada para impresionar a la persona a quien se envía la carta, como lo muestra claramente un estudio del escritor del siglo XVII John Evelyn⁸. Esta retórica se revela en los tratados del arte de la correspondencia de la Baja Edad Media en adelante, que explican cómo escribir una carta de amor, por ejemplo, o cómo un estudiante de la universidad puede persuadir a su padre para que le envíe más dinero. Otro término útil es el de *self-fashioning*, acuñado por el crítico norteamericano Stephen Greenblatt en un estudio del Renacimiento inglés, para sugerir que los textos no expresan meramente un sentido de la identidad sino que también contribuyen a darle forma⁹.

De la misma manera, es necesario estar atentos a la retórica de la autobiografía, como lo ilustra vívidamente el caso de John Bunyan. Este empleó un estilo simple o “bajo”, como si rechazara la retórica. Sin embargo, tal rechazo era en sí mismo una forma de retórica, una retórica de transparencia, espontaneidad e inmediatez¹⁰. De nuevo, tomemos el caso de una reciente autobiografía, la de Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla* (2002). La parte del libro que se refiere al pasado más remoto, enfocada en los eventos de la vida de su familia extendida, está escrita en el estilo del realismo mágico, usado en las novelas por las que fue tan bien conocido. Es posible, por supuesto, que los eventos

8 Michael G. Ketcham, “Style and Rhetoric in John Evelyn’s Letters”. *Papers on Language and Literature* n.º 19 (1983): 249-262.

9 Stephen Greenblatt, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare* (Chicago: University of Chicago Press, 1980).

10 Peter Burke, “The Rhetoric of Autobiography in the 17th Century”, en *Touching the Past: Studies in the Historical Sociolinguistics of Ego-documents*, editado por Marijke J. van der Wal y Gijsbert Rutten (Ámsterdam: Benjamins, 2013), 149-164.

experimentados por el autor en su juventud inspiraran el estilo de sus novelas, pero es más probable que el lente del realismo mágico haya distorsionado su recuento de los eventos, o su memoria de aquellos eventos, o su memoria de las historias acerca de aquellos eventos que le contaron cuando era niño.

Vivir para contarla plantea el tercer problema que debe discutirse aquí, el problema de la “recordación creativa”. Incluso si el escritor de un ego-documento no tiene la intención de reescribir su vida, el texto puede ser engañoso por los trucos que juega la memoria humana. Este punto fundamental ha sido señalado numerosas veces tanto por psicólogos como por historiadores de historia oral. Una función mayor de escribir una autobiografía, anota un psicólogo, es “identificar o construir una visión coherente del ser”, al producir “una narrativa heroica” que usa papeles comunes, como el del guerrero, el amante o el maestro. El psicoanalista Erik H. Erikson sostuvo una visión similar acerca de la relación entre la recordación creativa y la identidad individual. Lo que hacemos, escribió, es “reconstruir” selectivamente nuestro pasado, en una forma tal que pareceríamos “haberlo planeado”¹¹.

Los estudiosos de la historia oral han llegado a conclusiones similares. Cuando el movimiento de la historia oral comenzó, en la década de 1950, las historias se inclinaban a aceptar los recuentos que les daban los individuos que entrevistaban. Más tarde se volvieron más sospechosos, cada vez más conscientes del efecto de otras narrativas (orales, escritas o presentadas en películas o en televisión) sobre las historias que la gente cuenta sobre sí misma. Historiadores como el italiano Alessandro Portelli han entrevistado a los mismos testigos más de una vez para ver cómo y cuánto cambian sus memorias con el paso de las décadas. Portelli, por ejemplo, ha mostrado cómo la muerte de un tal Luigi Trastulli, asesinado en una demostración pacífica en Terni en 1949, fue recordado colectivamente como si su muerte hubiera ocurrido en 1953, porque dicho año fue el de una protesta, también en Terni, contra el despido de dos mil trabajadores. Portelli, quien enseña literatura norteamericana tanto como dirige investigaciones históricas, confesó que se sintió “atraído por las historias de la muerte de Luigi Trastulli porque sus errores imaginativos expresaban los sueños subjetivos compartidos y los mitos de los narradores”¹². Con frecuencia, los expertos en historia oral explican los cambios ocurridos en las historias de sus testigos en términos de mitologización, en otras palabras, la asimilación gradual de la experiencia pasada a los mitos corrientes en su cultura.

11 Dan P. McAdams, *The Stories We Live By: Personal Myths and the Making of the Self* (Nueva York: Guilford Press, 1993), 11, 124, 254; Erik H. Erikson, *Young Man Luther* (Nueva York: Norton, 1958), 112.

12 Alessandro Portelli, *The Death of Luigi Trastulli and other Stories: Form and Meaning in Oral History* (Albany: State University of New York Press, 1991), ix, 2.

El proceso de lo que el historiador norteamericano Hayden White describe como el “tramado” es crucial aquí. Analizando historias escritas, White distingue cuatro tipos generales de trama que llama “comedia”, “tragedia”, “romance” y “sátira”¹³. Las tramas más específicas que son recurrentes en las autobiografías incluyen el progreso de la pobreza a la riqueza, del cautiverio a la libertad, del pecado a la conversión y, en la Norteamérica del siglo XIX, de la cabaña a la Casa Blanca. Así, los historiadores deben preguntarse no solo por qué fue escrito un ego-documento, sino cuándo, examinando la distancia entre el ego que escribe, o que habla frente a una grabadora, y el ego más joven que experimentó los eventos que recuenta, en ocasiones varias décadas antes. Un caso extremo es aquel del duque de Saint-Simon, cuyas voluminosas memorias sobre la vida en la corte de Luis XIV fueron escritas en la década de 1740, pero comienzan en 1691.

Este punto sobre la distancia es verdad tanto en los diarios como en las memorias, así lo muestra con inusual claridad un ejemplo famoso en Brasil. A la edad de 75 años, el historiador y sociólogo Gilberto Freyre (1900-1987) publicó el diario que decía haber escrito al final de la década de 1920, afirmando que no había hecho sino recortar ciertos pasajes. Sin embargo, sus cartas revelan que estuvo reescribiendo este diario durante un número de años, adscribiéndole al joven Freyre ideas que probablemente vinieron a él más tarde, así como exagerando su proximidad con gente famosa, como el antropólogo alemán-americano Franz Boas y el poeta irlandés William Butler Yeats¹⁴.

La historia de la autobiografía, c. 1500-1900

Como hemos visto, los ego-documentos vienen en diferentes formas, desde cartas hasta blogs. En lo que sigue me concentraré en la historia de una de estas formas o géneros literarios, la autobiografía, que en sí misma desarrolló una cantidad de diferentes géneros, como ya veremos. Las historias de vida, para usar una formulación deliberadamente vaga, eran relativamente raras en número en la Edad Media, a pesar de unos pocos casos famosos, como la “Historia de mis desastres” (*Historia Calamitatum*), escrita en el siglo XII por Pedro Abelardo. En Italia, especialmente en Florencia, en los siglos XIV y XV, apareció un nuevo género de escritura, el *ricordanze* o *libri di famiglia*, notas acerca de lo que necesitaba recordar un individuo o una familia, que combinaban un libro de recuentos con la historia familiar y local. No debe sorprendernos, entonces, encontrar que un diario iniciado por un miembro de la familia, como el del

13 Hayden White, *Metahistory* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973), 7-11. En español: *Metahistoria* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 15-19.

14 Gilberto Freyre, *Tempo morto e outros tempos* (São Paulo: Global Editora, 2006 [1975]).

boticario Luca Landucci en Florencia en el siglo xv, fuera continuado por otro miembro, en este caso el hijo de Landucci. En otras palabras, los diarios no son necesariamente expresiones del individualismo¹⁵.

Las historias de vida escritas por Petrarca en el siglo xiv y por Leonbattista Alberti y el papa Pío II (Enea Silvio Piccolomini) en el siglo xv se desarrollaron a partir de este género, concentrándose en un individuo, en vez de la familia, con un estilo literario autoconsciente y, en ocasiones, siguiendo los modelos clásicos. Pío II, por tomarlo por caso, siguió el ejemplo de Julio César al llamar el recuento de su vida *Comentarii* y al escribir sobre sí mismo en tercera persona. Del siglo xvi en adelante es posible hablar del surgimiento de la escritura sobre el sujeto en diferentes partes de Europa, aunque el término “autobiografía” aún no se hubiera acuñado. En Italia, el orfebre florentino Benvenuto Cellini escribió o, más bien, dictó un recuento de su vida. En Francia, los soldados Blaise de Monluc y Pierre de Brantôme escribieron sus memorias, mientras que los ensayos de Montaigne contenían frecuentes digresiones autobiográficas. En España, los santos Ignacio y Teresa escribieron recuentos de sus vidas. Lo mismo hicieron los soldados Alonso de Contreras y Diego Duque de Estrada, mientras que los textos ficticios hoy conocidos como de la “picaresca” fueron escritos también en primera persona, comenzando con *La vida del lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* (1554).

En el siglo xvii, ejemplos famosos de hombres de las clases altas que produjeron narrativas de sus vidas incluyeron al filósofo y polímata Gottfried Wilhelm Leibniz en el mundo germanoparlante, al caballero Jan Chryszostom Pasek en Polonia, al aristócrata transilvano Miklós Bethlen, al general danés Jørgen Bjelke, al diplomático holandés Constantijn Huygens y al sacerdote ruso Avvakum. Las narrativas en primera persona fueron particularmente comunes en Francia e Inglaterra en esta época. Los ejemplos famosos franceses incluyen —además del ambiguo caso de Luis XIV— al cardenal de Retz, al duque de Sully, al duque de La Rochefoucauld, al mariscal François de Bassompierre y al noble Bussy-Rabutin. Los ejemplos ingleses incluyen los diarios de Samuel Pepys y John Evelyn, los diarios de los predicadores John Bunyan, George Fox y Richard Baxter y los recuentos de sus vidas ofrecidos por el filósofo Thomas Hobbes, el noble Edward Herbert y el ministro Edward Hyde, Lord Clarendon. En la ficción, también, la narrativa en primera persona se hizo cada vez más común en Francia e Inglaterra. Ejemplos famosos, presentados como si fueran autobiografías, incluyeron dos novelas de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe* (1719) y *Moll Flanders* (1722).

15 Marziano Guglielminetti, *Memoria e scrittura* (Torino: Einaudi, 1977); Angelo Cicchetti y Raul Mordenti, *I libri di famiglia in Italia* (Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1985).

Aunque la mayoría de *ricordanze* italianas del Renacimiento fueron producidas por patricios, mercaderes y abogados, hay evidencia de que la práctica se estaba expandiendo hacia abajo en la escala social y algunos textos del mundo de los artesanos han sobrevivido, entre ellos los del sastre Sebastiano Arditi y el del carpintero Giambattista Casale. En el siglo xvii, algunos artesanos en diferentes partes de Europa llevaron diarios que han perdurado. Estos incluyen a Pierre-Ignace Chavatte, un obrero tejedor de Lille; el zapatero de Baden Emmanuel Gross; el armero de Colmar Augustin Günzer; el zapatero Hans Heberle, de cerca de Ulm; el curtidor barcelonés Miquel Parets; el poeta popular Giulio Cesare Croce de Bolonia; el tornero londinense Nehemiah Wallington; y el muy famoso hojalatero convertido en sacerdote John Bunyan. Esta tradición popular continuó en siglos posteriores. Ejemplos bien conocidos incluyen al ganadero francés Jacques-Louis Ménétra, quien vivió en París durante la Revolución francesa y escribió sobre ella en su *Journal de ma vie*, recientemente descubierto y publicado, y el sastre londinense —y agitador por la reforma política— Francis Place, quien murió en 1854 dejando un diario y una autobiografía.

Las autobiografías escritas por mujeres eran mucho más raras que las de los hombres, pero en Francia incluyen un número de señoras nobles como la duquesa de Montpensier (conocida como “La grande Mademoiselle”), la duquesa de Nemours y Madame de Motteville; en Inglaterra, la duquesa de Newcastle y Lady Anne Fanshawe; Camila Faa Gonzaga en Italia; Johanna Eleonora Petersen (Née von und zu Merlau) en Alemania; la poeta Anna Stanisławska en Polonia y en Escandinavia Agneta Horn y la condesa de Ulfeldt. También hay textos escritos por monjas, incluyendo a la carmelita española Ana de San Bartolomé y a la francesa Ursuline Marie de l’Incarnation. Las autobiografías de mujeres que no eran ni nobles ni monjas son mucho más raras, pero incluyen la de la esposa del pastor holandés Isabel de Moerloose y las de las escritoras religiosas inglesas Anna Trapnel, una profetisa que justificó sus actividades en *Anna Trapnel’s Report and Plea*, y Jane Leade, cuyas descripciones de sus muchas visiones fueron publicadas tras su muerte en un “diario espiritual”.

Como si no fuera paradoja suficiente, las vidas escritas en primera persona no siempre fueron escritas por esa persona. Las memorias del duque de Sully fueron escritas por sus secretarios. Se dice que las memorias del mariscal de Tavannes fueron escritas por su hijo y aquellas de Gaston d’Orléans, el hermano del rey Luis XIII, por el escritor Algay de Martignac. Las memorias del mariscal Duplessis-Choiseul fueron redactadas con la asistencia del hermano del mariscal y del escritor Jean Renaud de Segrais. Sébastien Brémond, más conocido como un escritor de romances, editó las memorias de Marie de Mancini, una niña que una vez quiso desposar al joven Luis XIV, y corrigió el estilo al editarlas. Una cantidad de textos de este tipo en la Modernidad temprana fueron

transformados por editores posteriores antes de aparecer impresos. Algunos editores recortaron pasajes que consideraron ofensivos o de poco interés para la posteridad, mientras que otros reorganizaron textos que percibieron como mal organizados.

Una cantidad de estos textos eran híbridos o compuestos, algunas veces en el sentido literal de incluir fragmentos de otros textos, como guías de viaje, en el caso de John Evelyn; volantes, en el de Pierre-Ignace Chavatte; o periódicos, en el caso de Hans Heberle. Igualmente, al mirar hacia atrás los ego-documentos escritos en los siglos XVI y XVII, podemos ver, acaso más claramente de lo que podrían hacerlo los contemporáneos, una tendencia de larga duración, el desarrollo de un género literario desbrozándose en subgéneros, como la autobiografía espiritual, la narrativa de aventuras, las memorias políticas, y así en adelante.

Los propósitos de los escritores de estos textos y los lectores y escuchas que tenían en mente también fueron variados. Los políticos que buscaban justificar sus acciones ante los ojos de la posteridad (en otras palabras, los miembros futuros de una élite política) son muy diferentes de los padres que escribieron a sus hijos o los pecadores conversos que contaron la historia de sus vidas como una serie de ejemplos de lo que habría de evitarse y de lo que debería seguirse. Para tener una idea de la variedad de estos textos usualmente es instructivo mirar la primera oración y si explica los motivos para producir el documento o si identifica el hablante a los lectores en términos de región, familia, ocupación, religión y así. Aquí hay algunos ejemplos en orden cronológico:

“Mi patria es Milán, aunque mi familia procede de la aldea de Cardano, que dista veinticuatro millas de Milán y solo siete de Gallarate”. (Girolamo Cardano, físico y astrólogo)

“Hasta los veintiséis años de edad fue hombre dado a los vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en el ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra”. (Ignacio de Loyola, dictando a un secretario y refiriéndose a sí mismo en tercera persona)

“Nací en la muy noble villa de Madrid, a 6 de enero de 1582. Fui bautizado en la parroquia de San Miguel; fueron mis padrinos Alonso de Roa y María de Roa, hermano y hermana de mi madre. Mis padres se llamaron Gabriel Guillén y Juana de Roa y Contreras [...] Fueron mis padres cristianos viejos, sin raza de moros ni judíos, ni penitenciados por el Santo Oficio”. (El soldado Alonso Contreras: nótese su énfasis en los *padrinos* y en la pureza de la sangre)

“Al contaros la forma en que Dios con tanta misericordia obró sobre mi alma, no estará de más, creo, deciros en primer lugar algo de mi pasado y de la forma en que fui criado; porque con ello se hará más evidente la bondad de Dios hacia mí”. (John Bunyan, pensador y predicador inglés)

“Nací la noche del 15 al 16 de enero de 1675 de Claude, duque de Saint-Simon, par de Francia, etc., y de su segunda mujer Charlotte de L'Aubespine, único de

ese lecho. De Diane de Budos, primera mujer de mi padre, él tenía una sola hija y ningún hijo. La había casado con el duque de Brissac, par de Francia, único hermano de la duquesa de Villeroi”. (El duque de Saint-Simon, extremadamente consciente de su estatus y genealogía)

“A los cincuenta y dos años de edad, después de llevar a cabo una obra ardua y afortunada, me propongo emplear algunos momentos libres en repasar las sencillas incidencias de una vida privada y literaria”. (El historiador inglés Edward Gibbon)

“Emprendo una obra de la que no hay ejemplo y que no tendrá imitadores. Quiero mostrar a mis semejantes un hombre en toda la verdad de la Naturaleza y ese hombre seré yo. Solo yo”. (Jean-Jacques Rousseau)

Para aumentar el cuidado de la variedad de convenciones de la autopresentación en una era en que el término “autobiografía” y sus equivalentes en otras lenguas aún no se habían establecido, y en que una diversidad de prácticas escriturales aún no se habían consolidado en un género literario, puede ser útil recordarnos a nosotros mismos los diferentes nombres dados por sus autores a aquellos textos de la Modernidad temprana. Un título común fue el de “memorias” y sus equivalentes en otros idiomas (*Mémoires*, *Memorie*, *Pamiętniki*); otros fueron “vida” (*Vita*, *Life*, *Vie*, etc.); “descripción” (por ejemplo, *Lebensbeschreibung*); “diario” (*Diary*, *Journal*, *Dietari*); e “historia” (*History*, *True Relation*, y así en adelante). Algunos títulos únicos pueden demostrar aún más vívidamente el punto acerca de la diversidad. Bussy Rabutin llamó su texto *Discours à ses enfants, sur le bon usage des adversités et les divers événements de sa vie*. Richard Baxter escribió acerca de sus “reliquias”, *Reliquiae Baxterianae*. La condesa de Ulfeldt tituló sus memorias *Jammersminde* (“Memoria de la pena”). Agneta Horn ofreció una *Skrivning over min vandringstid* (“Descripción de mi tiempo de deambular”). La variedad de títulos nos recuerda que en el siglo xvii, a diferencia de hoy, la autobiografía aún no estaba establecida como género literario ni como práctica social. Lo que se ha vuelto relativamente fijo aún era extremadamente fluido.

Para el siglo xviii hay signos de que este género fluido se iba cristalizando. Un signo es el surgimiento de la palabra “autobiografía”, usada primero en inglés en 1797. Otro signo es la publicación póstuma, en 1782, de una de las más famosas de todas las autobiografías, las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau, un manifiesto tanto del individualismo (como lo sugiere el pasaje citado arriba) como del recuento cándido de las faltas del protagonista. Mucho más temprano en el siglo, en 1728, la *Vita scritta da se medesimo* del historiador italiano Giambattista Vico fue impresa en una publicación especializada junto con una “propuesta a los escritores de Italia” para que escribieran sus autobiografías intelectuales sobre este modelo, explicando al mundo cómo llegaron a hacer sus descubrimientos. En otras palabras, textos de este tipo comenzaron

a expresar un nuevo sentido del desarrollo y de la llamada “temporalización de la experiencia”. En este aspecto, se parecían a un nuevo género de ficción del tardío siglo XVIII y del temprano siglo XIX, el *Bildungsroman* (como el *Wilhelm Meister* de Goethe, por ejemplo), otra expresión de cambio en la mentalidad conocido como “historicismo”.

De forma similar a Vico, la autobiografía del historiador inglés Edward Gibbon, publicada póstumamente en 1796, fue presentada por el autor como “la historia de mi propia mente” y “el crecimiento de mi estatura intelectual”, concentrándose en su educación o, mejor, en su autodidactismo y contando la historia de cómo llegó a escribir su obra maestra, *The Decline and Fall of the Roman Empire*. Incluso la breve experiencia juvenil del servicio militar fue percibida por el erudito al mirar atrás como algo relevante para su trabajo posterior: “el capitán de los granaderos de Hampshire [...] no ha sido inútil para el historiador del Imperio Romano”.

Las biografías y las autobiografías se hicieron cada vez más comunes desde finales del siglo XVIII en adelante, mientras que un interés en estos géneros se extendió al pasado. Textos más antiguos, ahora famosos, fueron impresos por primera vez en esta época. La autobiografía de Cellini fue publicada en 1728, traducida al inglés en 1771 y al alemán —por Goethe— en 1796. El *Journal* de Montaigne apareció impreso por primera vez en 1774, mientras que los diarios de John Evelyn y Samuel Pepys, escritos en el siglo XVII, fueron publicados por primera vez en 1818 y en 1825, respectivamente. Este interés en la forma de las vidas humanas formó parte de una tendencia mayor, una preocupación por el desarrollo o la evolución durante los siglos en el mundo de la naturaleza, lo mismo que en el de la historia, como nos lo recuerdan estudios como el de Johann Winckelmann, *History of Ancient Art* (1764), o el de Charles Darwin, *Origin of Species* (1859). La palabra “development” misma —desarrollo— entró en uso en inglés en el siglo XVIII, como la italiana *sviluppo*, la francesa *développement* y la alemana *Entwicklung*.

Esta preocupación por el desarrollo interno es aún más central en las autobiografías del siglo XIX que en sus predecesoras del siglo XVIII. Un ejemplo famoso es la *Apologia pro Vita Sua* escrita por John Henry Newman y publicada durante su vida, en 1864. Newman, un protestante que se convirtió al catolicismo y llegó a ser cardenal, también fue el autor del *Essay on the Development of Christian Doctrine* (1845), un libro que bien puede describirse como un texto clave de la teología historicista. En su *Apologia*, Newman presenta un recuento historicista de su propia vida, con los años 1816, 1833 y 1845 presentados como puntos mayores de inflexión. “Cuando tenía quince años (en el otoño de 1816)” escribió “un gran cambio de pensamiento ocurrió en mí”. Después vino 1833, el año de su adhesión al llamado Movimiento de Oxford, un movimiento dentro de la Iglesia anglicana hacia el catolicismo. El tercer punto de inflexión, 1845, fue el

momento de la recepción de Newman en la Iglesia católica y el de la publicación de su ensayo sobre el desarrollo de la doctrina.

La idea de la sucesión de diferentes egos es presentada más claramente en el texto de Newman, que en cualquiera anterior que yo conozca. En todo caso, la idea era ampliamente compartida. Un nuevo énfasis en el cambio o en la consciencia del cambio hace del periodo de 1750 a 1850 un momento crucial, o lo que el historiador alemán Reinhart Koselleck llamó *Sattelzeit*, tanto en la historia de la sociedad como en la historia del ego. Es momento de separarnos de los textos y ofrecer unas pocas reflexiones sobre la geografía, la sociología y la cronología de lo que gradualmente se convirtió en un género literario, tanto como para enfrentar la difícil cuestión de explicar el cambio sobre los siglos y otras formas de variación. Una forma útil de abordar estos problemas puede ser volver a Gilberto Freyre, usando una de sus ideas como trampolín.

Como lo hemos visto, Freyre estuvo muy preocupado por la autopresentación, como lo dejan absolutamente claro sus muchos bocetos autobiográficos y digresiones. Al reflexionar sobre la historia de los diarios y de las autobiografías remarcó su relativa ausencia en los mundos latino o católico, en comparación con su presencia en las culturas protestantes, como aquella de los británicos, citando a Pepys como uno de sus ejemplos favoritos. Especulando más allá, como a él le gustaba hacerlo, Freyre pasó a sugerir que la cultura católica de la confesión reducía la necesidad de producir escrituras confesionales. De otro lado, para los protestantes “recargados con el peso de sus propios pecados, la escritura de un diario era para ellos lo que es la confesión para un católico”. Era su forma de examinar la conciencia¹⁶.

Como pasa con frecuencia en el caso de las especulaciones de Freyre, no es difícil encontrar contraejemplos. Este era cercano al texto del novelista brasileiro José de Alencar *Como e porque sou romancista* (1873), un título que adaptó para una de sus propias escrituras autobiográficas, *Como e porque sou e não sou sociólogo* (1968). Freyre, por supuesto, habría conocido sobre tales ego-documentos latinoamericanos, como la apología de Domingo Sarmiento, *Mi defensa* (1843), y sus *Recuerdos de provincia* (1850). Algunas veces Freyre se refiere a la *Vida* de santa Teresa. De otro lado, aparentemente Freyre no estaba familiarizado con las autobiografías de san Ignacio de Loyola, Alonso Contreras, Diego Duque de Estrada, Jerónimo de Pasamonte, Miquel Parets ni Ana de San Bartolomé. En cualquier caso, los protestantes no monopolizaron el examen de conciencia: los católicos contrarreformistas también siguieron esta práctica, como nos lo recuerdan los *Ejercicios espirituales* de san Ignacio. Debe agregarse que las

16 Gilberto Freyre, *Casa Grande e Senzala* (Río de Janeiro: Record, 2000 [1933]), 59; como forma de examinar su conciencia, Elisabeth Bourcier, *Les journaux privés en Angleterre de 1600 à 1660* (París: Publications de la Sorbonne, 1976), 353-388.